

DOSSIER

**Franquismo y salazarismo en el exterior:
de la guerra civil a las guerras de África
(1936-1975)**

PRESENTACIÓN

Hoy la relación despejada, normalizada en la buena vecindad, entre Portugal y España, no causa sorpresa. Pero la superación del «complejo ibérico» fue un quehacer histórico, bastante insólito y no tan lejano, si se mira a la larga duración peninsular. Para lograrlo se precisaban tres condiciones: unas situaciones internas armonizadas, una inserción exterior convergente, una voluntad política, en Lisboa y en Madrid, de mantener ambas en deliberado proyecto de amistad peninsular. Las asimetrías domésticas habían generado siempre graves desconfianzas: en 1847 dieron lugar a una intervención militar española; entre 1910 y 1936 crearon a menudo situaciones de tensión, que acabaron resolviéndose en la apuesta portuguesa por el bando franquista tras el comienzo de la guerra civil. Las divergencias de alineamientos internacionales motivaron las guerras de 1801 y 1807-08 y, durante la I Mundial, amenazaron con desestabilizar la neutralidad de Madrid. Los propósitos políticos de amistad peninsular nunca pasaron de episódicos, coyunturales, brindis al sol.

El cuadro cambió, de forma radical y consistente en el largo y común período de las dictaduras de Salazar y de Franco. Consciente de que la seguridad interna dependía del triunfo franquista, el dictador portugués apoyó con convicción y eficacia la causa de los rebeldes españoles. Alberto Pena demuestra con irrefutables argumentos la importancia de ese auxilio en el establecimiento de un régimen dictatorial simétrico al de Lisboa; ambos, a juicio de Manuel Loff, inscritos en paralela genética católico-fascista. De forma inmediata, la guerra mundial, sometió a dura prueba la reciente complicidad ideológica luso-española. Gracias en buena medida a Salazar —menos a Franco, que arriesgó demasiado con los alemanes— los Estados de la Península lograron conservar su convergencia neutral. Lo que valió nada menos que el mantenimiento de la paz ibérica y la salvación de sus regímenes. Aún más, los graves peligros de la guerra alumbraron un hecho histórico completamente nuevo: el llamado «pacto ibérico»; compromiso político formal de mutuo respeto a las respectivas soberanías y, por tanto, a la paz del conjunto peninsular. Nacido de las amenazas de la guerra, el espíritu *ententista* —y sus instrumentos diplomáticos, de marzo de 1939 y julio de 1940— se prolongaron y periódicamente se renovaron durante la vigencia de las dictaduras. Rebasando la función protectora de los regímenes dictatoriales, este pacto cristalizó en una verdadera filosofía de amistad, que transformó completamente la histórica relación ibérica. Vino enseguida a generar, como automática derivación, un principio de solidaridad luso-española —no solo ideológica— persistentemente contrastada desde 1945.

Entonces, las simetrías dictatoriales, y la convergencia internacional de ambos países en un mismo escenario exterior —occidental y atlántico— que no admitía disidencias, crearon históricamente condiciones duraderas de amistad peninsular.

Generaron, por tanto, un suelo firme de normalización ibérica. Pero esas condiciones no fueron automáticas. Debieron ir consolidándose mediante decisiones políticas de mutua colaboración, de sucesivos movimientos de solidaridad. Rosa Pardo muestra cómo en la posguerra eran muy distintos los niveles de aceptación internacional de Lisboa y de Madrid; y demuestra el importante calado de los servicios prestados por el Portugal salazarista a la estomagante España del general Franco. La proscripción internacional del régimen español en la posguerra se vio parcialmente aliviada por el benéfico apoderamiento portugués de la dictadura vecina.

Las tornas se invirtieron desde mediados de los años cincuenta. Ahora la defensa del «Ultramar», que el salazarismo identificó sin fisuras con la esencia y la pervivencia de la patria, situó a Portugal en el centro de todas las iras internacionales: en ONU, entre los aliados occidentales y, por supuesto, en el escenario del imparable movimiento afroasiático de liberación de los pueblos, que marcaba la agenda de la cultura político-internacional de la época. Como demuestra Adolfo Cueto, de nada valieron, ni sirvieron a la causa de Portugal, sus cosméticas medidas reformistas; la complejidad y densidad de los movimientos nacionalistas en las colonias portuguesas, y en general del problema colonial portugués —explica Sánchez Cervelló— tampoco hallaron simétrica correspondencia en el caso de España. Ésta fue sacudiéndose con bastante pragmatismo —aunque no sin manifestaciones contradicciones— el lastre de su herencia colonial. Y, entre tanto, comenzaba a recorrer un prometedor camino de modernización socioeconómica más acusado que el de Portugal, según muestra Martínez Roda.

Pese a lo cual, la diplomacia de Madrid —Franco muy en particular— retribuyeron, incluso con creces, la solidaridad recibida de Portugal en los años anteriores. María José Tíscar ha explicado cómo: declarándose abiertamente al lado del «hermano» peninsular y de sus razones históricas; movilizándose y movilizándolo a los amigos tercermundistas, árabes e hispanoamericanos, en ONU y en otros areópagos internacionales; suministrando transportes y material de guerra (barcos, aviones, municiones, armamento) para la lucha en las colonias; facilitando la utilización de aeródromos; poniendo a disposición de la logística antisubversiva portuguesa algunas estratégicas representaciones diplomáticas en países africanos, donde España ejercía la representación de los intereses de Portugal.

No todos los portugueses apreciaron la importancia de esta solidaridad española. No lo hizo, por ejemplo, el ácido y un tanto paranoico ministro de Extranjeros, Franco Nogueira. Pero, como explica Tíscar, fue una deuda más que saldada, porque, si el apoyo portugués al franquismo en el período anterior convenía también y sobre todo a Lisboa, el que ahora devolvía la dictadura española tenía que hacerse a costa de sus propios intereses —orientados hacia la descolonización y la amistad con el área tercermundista— que en nada coincidían con los de Portugal. Y eso acabó por poner al descubierto algo fundamental: aunque continuara habiendo motivaciones ideológicas y el régimen español también temiera por la

estabilidad de la dictadura portuguesa, lo que sobre todo estaba ya dictando su actitud de apoyo a Lisboa era un sincero sentimiento de gratitud y de amistad ibérica. Las consecuencias de esa emancipación ideológica de la *entente* peninsular se demostrarían de forma palmaria en la respuesta de prudencia y respeto que el gobierno de Madrid —y sobre todo el propio Franco— exhibieron ante la revolución del 25 de Abril y su posterior deriva radical.

Salazarismo y franquismo nacieron solidarios en la Europa propicia del auge de los fascismos; se mantuvieron en solidaridad, tolerados por su valiosa peculiaridad anticomunista —ideológica y geoestratégica—, durante la larga guerra fría; se vinieron abajo —modalidades y tiempos precisos distintos— con el final biológico de los dictadores: porque también sin Salazar (desde 1968), ni el régimen ni el «Imperio» eran posibles.

En lo fundamental, la península ibérica vivió cuatro décadas de unidad: de «bloque ibérico», interno y exterior. Pero las dos dictaduras nunca fueron completamente intercambiables. Utilizando diversa documentación diplomática de algunos de los países más influyentes en la historia de los Estados peninsulares, los editores de este *dossier* hemos querido sondear en ese mundo de las percepciones que tiene siempre importante repercusión en el terreno de las relaciones externas. El resultado es transparente: el régimen de Salazar y su propia figura concitaron —incluso en los momentos más adversos— una comprensión y una tolerancia por parte de las democracias occidentales, que nunca lograron Franco ni su régimen. Ese prejuicio antifranquista constituyó hasta el final el definitivo obstáculo al cabal desarrollo de un caminar persistente, y con resultados nada despreciables, de la España de Franco hacia un destino de modernidad que se quería homologable con el entorno occidental.

Hipólito de la Torre Gómez
Juan Carlos Jiménez Redondo

